

## NACIONALISMO, NACIONALISMOS, NACIONALISTAS...¿UN DEBATE HISTORIOGRAFICO? <sup>1</sup>

Ana María Barletta UNLP/UNPSJB  
María Dolores Béjar IEHS-UNCUBA/UNLP

### Presentación de un debate

En los dos últimos años se han sumado tres nuevos aportes a la producción historiográfica sobre el nacionalismo argentino: los libros de Sandra McGee Deutsch, *COUNTERREVOLUTION IN ARGENTINA, 1900-1932, THE ARGENTINE PATRIOTIC LEAGUE* y de Cristián Buchrucker, *NACIONALISMO Y PERONISMO. LA ARGENTINA EN LA CRISIS IDEOLOGICA MUNDIAL (1927-1955)*, y el artículo de David Rock, "Intellectual Precursors of Conservative Nationalism in Argentina, 1900-1927"

Mientras Rock se ubica en la fase formativa del movimiento, McGee realiza un estudio de caso vinculado al primer nacionalismo y Buchrucker se centra en esta corriente ya consolidada a fin de precisar sus relaciones con el peronismo. Más allá de sus diferencias en cuanto a objetivos y puntos de partida, los tres trabajos se encuentran vinculados a la anterior producción historiográfica. En consecuencia, la evaluación sobre la naturaleza de esos aportes nos plantea la necesidad de ubicarlos en esa trama preexistente a partir de la cual formulan sus interrogantes.

Uno de los rasgos sobresalientes de los estudios sobre el nacionalismo es el de la dificultad o ambigüedad que los mismos reflejan respecto a la definición de dicho concepto. Con el propósito de precisar su significado la mayoría de los trabajos ha considerado tres cuestiones: la identificación de las notas distintivas del discurso ideológico expuesto por quienes se autodefinen como nacionalistas; la discriminación de las corrientes de pensamiento y de las experiencias políticas que han incidido en la conformación de su cuerpo doctrinario y en sus modalidades de acción y por último, la reconstrucción de la trayectoria política de las figuras y agrupaciones más representativas, en relación con su gravitación en el desarrollo del proceso político argentino.

Desde esta perspectiva, el nacionalismo se define al mismo tiempo que se escribe la historia de los nacionalistas. Una historia que se preocupa por distinguir grupos y alternativas a través de las clasificaciones con las que se intenta aglutinar y deslindar a quienes, desde una reivindicación compartida del nacionalismo, han revelado destacadas divergencias tanto en el plano de sus propuestas como en el de sus prácticas. Pero además, los análisis sobre el nacionalismo no se circunscriben a su caracterización como movimiento político e ideológico. Otras preocupaciones e interrogantes complejizan el panorama al multiplicar la gama de cuestiones que se relacionan con el mismo. En este sentido los estudios sobre el nacionalismo aparecen vinculados con el afán por explicar los orígenes y la naturaleza del peronismo y con el interés por comprender la militarización del escenario político.

De este modo, un concepto excesivamente rico por las fuertes resonancias que suscita en términos afectivos y valorativos, se desdibuja cuando se pretende acotar su especificidad y la definición del mismo se soslaya ante la preeminencia de la adjetivación.

---

<sup>1</sup> Trabajo realizado dentro del PROGRAMA DE PROMOCION PREFERENCIAL DE FORMACION DE RECURSOS HUMANOS EN INVESTIGACION CIENTIFICA Y TECNOLOGICA de la Universidad Nacional de La Plata. Director: Dr. Horacio Pereyra.

¿Quiénes y desde qué perspectivas han buscado precisar el perfil del nacionalismo?

Por una parte, nos encontramos con las reflexiones planteadas en los ensayos y las memorias de quienes se autodefinen como nacionalistas a pesar de sus diferencias. Estos esbozaron la fisonomía política e ideológica a través de sus publicaciones y de su participación en el escenario político, especialmente visibles a partir de los años 20 y a lo largo de la década del 30. Este material, que constituye una de las fuentes de toda investigación sobre los nacionalistas, ha quedado fuera de esta revisión crítica. Nuestra preocupación central es precisar las características de las interpretaciones que, a partir de 1955 y gestadas en gran medida por el impacto del peronismo en el escenario político, encararon el análisis del nacionalismo en el marco de una reflexión de carácter histórico.

En este campo encontramos un conjunto de autores con obras de disímil nivel respecto a la investigación específicamente histórica. La mayoría de ellos, en el caso de los argentinos, revela un fuerte nexo con el nacionalismo, ya sea por la proximidad o por el profundo rechazo que sienten respecto del mismo. Coexisten así, trabajos escritos al correr de la pluma, fuertemente impregnados por la subjetividad del autor y con conclusiones escasamente fundamentadas, junto con otras que, como producto de una labor intelectual más sistemática, presentan una destacada recopilación de fuentes y material bibliográfico a fin de sostener las conclusiones propuestas.

Como intentaremos mostrar a través de la revisión de los aportes más representativos, en el seno de esta producción subyace una significativa polémica de carácter político. Estas reconstrucciones históricas pueden agruparse en dos conjuntos, correspondientes a dos momentos de límites más o menos laxos. El primero comprende los trabajos que, escritos al poco tiempo de la caída de Perón, reflejan el impacto de este hecho político. En esta primera etapa ubicamos a REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN LA ARGENTINA, de Jorge Abelardo Ramos; LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL, de Juan José Hernández Arregui y LAS IDEAS POLITICAS EN LA ARGENTINA, de José Luis Romero.

En el segundo momento inscribimos a quienes han abordado el tema desde una perspectiva más definidamente histórica. Aquí analizamos los trabajos de Marysa Navarro Gerassi, Enrique Zuleta Alvarez, Eduardo Cárdenas y Carlos Payá, María Inés Barbero y Fernando Devoto, Sandra McGee Deutsch, David Rock y Cristián Buchrucker.

¿Cuáles son los interrogantes sobre el nacionalismo que se han planteado desde estas indagaciones? ¿De qué manera han intentado darles respuesta? ¿Dentro de qué límites se han concretado estos esfuerzos? ¿Qué preguntas no se han formulado todavía? y por ende, ¿desde qué perspectivas puede enriquecerse hoy el análisis del fenómeno nacionalista? Estas son las cuestiones en torno a las cuales se ha elaborado esta reflexión crítica.

El clima del 55

Fue justamente alrededor de 1955 cuando se plasmaron las interpretaciones básicas sobre el nacionalismo. Las mismas, gestadas al calor del debate político del momento, establecieron los ejes a partir de los cuales se han ido desplegando las posteriores versiones, tan cargadas como éstas de resonancias políticas.

Ante la caída del peronismo nos encontramos, por un lado, con la versión de la Izquierda Nacional expresada a través de J. Hernández Arregui y de J.A. Ramos. El interés de esta corriente por compatibilizar marxismo y nacionalismo se derivó en gran medida de la posición política de sus integrantes quienes valorizaron positivamente la experiencia peronista, al mismo tiempo que

condenaban la trayectoria política de la izquierda argentina, especialmente la del Partido Comunista, pero aceptando los aportes teóricos del marxismo. A través de sus reflexiones sobre el nacionalismo se propusieron despojar al mismo de aquellos elementos que visualizaban como negativos con el propósito de construir una auténtica tradición nacional. Esta se ofrecía así como un núcleo clave e insoslayable para toda experiencia política que pretendiese concretar una alternativa viable frente al sistema capitalista dependiente que impedía el desarrollo de la sociedad argentina.

Por otra parte, desde el ámbito académico, J.L. Romero expresa la posición de quienes, desde fuera del nacionalismo, habían vivenciado al peronismo como un movimiento político estrechamente asociado con la prédica nacionalista y al mismo tiempo como expresión local de ese fenómeno más general que fue el fascismo.

En LAS IDEAS POLITICAS EN LA ARGENTINA, J.L. Romero ubica al nacionalismo en la "línea del fascismo". Para sostener esta relación se apoya en las propuestas nacionalistas tal como las expresaran Ibarguren y Uriburu, durante el breve gobierno militar que encabezó este último. Según Romero, los grupos fascistas que intervinieron en el derrocamiento de Yrigoyen encontraron su fuente de inspiración en Maurras, Mussolini y en la doctrina hitleriana, cuyos métodos de acción y principios comenzaron a predominar con la llegada del embajador alemán von Therman en 1933. En dicho trabajo, Romero identifica en FORJA otra corriente nacionalista de tendencia radical. También en ella distingue la presencia de grupos filofascistas que seguían a Scalabrini Ortiz. Esta línea fascista, postergada en la década del 30 por el predominio de la alternativa fraudulenta que esgrimieron los partidos de la Concordancia, logró imponerse, según el autor, con la revolución del 43 para desplegarse triunfante con el peronismo.

Nueve años después, en EL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN LA SOCIEDAD ARGENTINA DEL SIGLO XX, Romero revisa su caracterización anterior y el nacionalismo deja de ser una expresión de la línea fascista. En el plano de las influencias, junto con las mencionadas anteriormente (Maurras y Mussolini), se reconoce también la "tradición aristocratizante española" y en lugar de la doctrina hitleriana se destaca la gravitación del autoritarismo a través del ejército. El nacionalismo más que fascismo es ahora un movimiento fundado en una tradición "autoritaria" y "conservadora", la cual frente al "sacudimiento del orden social tradicional... sólo pudo inspirar una política destinada a inmovilizar el proceso de cambio que se acentuaba en el país" (p. 135).

Si su rechazo al creciente peso político de las fuerzas populares constituye, en esta nueva visión, el rasgo distintivo del nacionalismo, el autor procede también a enriquecer la imagen del mismo a través del reconocimiento de temas antes soslayados. En este sentido, en la denuncia del imperialismo británico identifica una de las preocupaciones centrales de los nacionalistas. En este nuevo contexto replantea la relación entre FORJA y el resto del nacionalismo. La convergencia entre ambos se visualiza a través de su común interés por alcanzar la independencia económica. De esta forma, sin concretar una revisión crítica explícita sobre la "línea del fascismo", ésta queda soslayada desde dos puntos de vista: ya no se define al nacionalismo como fascismo, y se distingue claramente a los forjistas de los nacionalistas en función de sus propuestas políticas: a los primeros les reconoce un carácter democrático, mientras que a los segundos los presenta como defensores de un sistema jerárquico y elitista.

Con J. Abelardo Ramos estamos ante uno de los representantes de la Izquierda Nacional. Esta denominación fue creada por Hernández Arregui en 1957, para identificar a una tendencia del Movimiento Nacional Peronista que desde el marxismo nacionalizado pretendía unirse a una lucha práctica de las masas.

En su trabajo REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN ARGENTINA, publicado por primera vez en 1957, Ramos plasma la imagen de un nacionalismo escindido en dos vertientes: el nacionalismo aristocrático y el nacionalismo democrático.

El primero, nacido en vísperas del 6 de septiembre, expresa a través de sus mismos orígenes su carácter esencialmente antinacional. Los rasgos que lo distinguen son: el rosismo, el clericalismo, el autoritarismo, el fascismo, el antiobrismo, el antisemitismo, el antimarxismo y la idealización del pasado, especialmente del feudalismo desde el cual se oponía al liberalismo agonizante.

Según Ramos, los representantes de esta vertiente no sólo estuvieron estrechamente vinculados con la oligarquía sino que además, su "nacionalismo" no generó temor en el imperialismo. Por el contrario éste posibilitó la difusión de dicho pensamiento a través de los medios de comunicación en virtud de que su carácter fascista y antipopular convertía al nacionalismo en una alternativa repudiable para el conjunto de la sociedad. De ahí que sus diferencias con el régimen de la "década infame", más allá de las críticas que los nacionalistas concretasen respecto a algunos de sus aspectos, resultan secundarias para Ramos. Desde su perspectiva, nacionalismo oligárquico e imperialismo estuvieron estrechamente asociados. En esta versión entonces, la distinción que efectuara Romero entre la línea fascista y la de la democracia fraudulenta desaparece en función de que ambas se presentan como meros recursos políticos de una misma clase social: la oligarquía bonaerense. Esta, para Ramos, contaba con dos alas: "la unitaria, liberal, abiertamente cipaya que predominaba en la conducción gubernamental y la tendencia 'rosista', clerical, fascista y antiliberal" (p. 390).

Respecto al nacionalismo democrático, ubica sus raíces en el federalismo provinciano y en José Hernández "genio nacional y hombre clave de nuestra historia política" (p. 387). Esta línea de pensamiento fue luego desarrollada por la generación del 90: Ugarte, Lugones, Rojas; pareció extinguirse con la desaparición de Yrigoyen "pero no muere, sino que se funde en la sociedad crepitante en formación buscando las fuentes profundas que lo vinculen a la nueva realidad. Reaparecerá como río secreto de montaña, en el torrente del 45" (p. 387). A lo largo de los años 30 y dentro de esta línea destaca la labor de FORJA en virtud de su afán por salvar el legado de Yrigoyen, formular una plataforma de lucha antiimperialista y plasmar un partido nacional burgués.

Ramos desvincula así totalmente ambas alternativas nacionalistas. Respecto a la relación del nacionalismo con el peronismo, si bien el autor reconoce la influencia de la "ideología clerical fascista" en la primera fase de la revolución del 43, ésta habría desaparecido cuando Perón se puso al frente del Departamento Nacional del Trabajo. En ese momento, el Ejército "única fuerza centralizada con base nacional que existía en el país" (p. 400) asumió su misión de defender a la patria, "la revolución de palacio" llegó a su fin y "las masas se dispusieron a participar en el gran diálogo" (p. 401).

De esta forma, con el escenario ordenado y los actores correctamente ubicados, la sociedad argentina pudo emprender la obra para la que ya estaba destinada. En este sentido el autor sólo ha tenido que dejar testimonio de cómo se concretó la revelación. La versión de Ramos, plagada de adjetivaciones e imágenes cargadas por su fuerte contenido valorativo, está muy lejos de plantearse una reconstrucción histórica fundada. Su objetivo es otro: deslindar la revolución de la contrarrevolución para ubicar al nacionalismo oligárquico en este último campo. El aspecto más significativo de esta versión reside en la amplia difusión y gravitación que ha logrado; sus conclusiones respecto a la escisión del campo nacionalista, las propuestas que distinguen a ambas vertientes y los sectores sociales que representan cada una de ellas, poseen todavía hoy una fuerza indudable.

J.J. Hernández Arregui dedica LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL a combatir dos tendencias del pensamiento político argentino, "dos enemigos colonizados", como los llama: la izquierda sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha con conciencia nacional pero sin amor al pueblo. Con esta finalidad, rastrea la forma en que se ha ido construyendo la conciencia nacional de los argentinos.

¿Qué es la conciencia nacional? "Es la lucha del pueblo argentino por su liberación" (p. 47), "la intuición colectiva del país como unidad de destino" (p. 487); en los pueblos jóvenes, es también "reflejo defensivo provocado por el imperialismo" (p. 45) y, entonces, conciencia de la necesidad de su auto-determinación nacional.

La conciencia nacional despega en 1930. El agente histórico de este nacimiento es el "nacionalismo de derecha". Concreta el análisis de esta corriente a través del diálogo con algunas figuras representativas como son Lugones, Carlos Astrada, José María de Estrada, Carlos Ibarguren, Marcelo Sánchez Sorondo, Máximo Etcheopar y Leonardo Castellani. A todos ellos les critica su incapacidad para reconocer a los caudillos populares, su menosprecio por las masas y el no haber identificado la base socioeconómica de la que derivó el sistema político corrupto. Es significativa la valoración que hace de Lugones en quien reconoce a un crítico lúcido del sistema, explicando sus limitaciones a través del papel que cumplió como asalariado de la oligarquía. Estos nacionalistas, a pesar de poseer, según el autor, una "cáscara ideológica ultramontana" y de haber participado como fuerza de choque en el derrocamiento de Yrigoyen, cumplieron la función progresiva de haber negado la historia oficial de los vencedores de Caseros. Del conjunto de estas posiciones políticas reaccionarias deslinda los aportes del revisionismo, que llamó la atención sobre la "existencia del país como entidad histórica" (p. 279). Esta revisión del pasado argentino significa, para Hernández Arregui, un avance de la conciencia nacional que arranca como negación.

Un segundo momento de este despliegue de esta conciencia aparece con FORJA, "cuya reivindicación histórica, fundada en documentos de primera mano, se verifica en este libro" (p. 19). De este grupo destaca su cruzada contra el imperialismo británico emprendida por inteligencias patriotas al servicio del país (como la de Raúl Scalabrini Ortiz), concentradas en sí mismas para develar los problemas argentinos. La misión ideológica progresista de FORJA, para el autor, consistió en haber anticipado en una década las banderas peronistas, y en officiar de "puente histórico que une... las masas yrigoyenistas con las masas peronistas" (p. 390). No obstante, este segundo momento no constituye todavía una conciencia nacional completa porque según el autor FORJA revela todavía importantes limitaciones<sup>2</sup>.

El "fracaso de FORJA como fuerza política", según expresión de Arturo Jauretche, es cargado por Hernández Arregui a la cuenta de la clase media y el radicalismo. ¿Cuál es la carencia de la conciencia nacional forjista?: no haber reconocido la capacidad de acción del proletariado. Recién con el peronismo se entra en una etapa más completa y fundacional: el 17 de octubre, "advenia la Nación frente al mundo" (p. 50); Perón había logrado unir a los dos sujetos históricos de la emancipación, Ejército y movimiento sindical.

Después de la caída del peronismo, visualiza una cuarta etapa en la que la conciencia nacional pugna por abrirse camino frente al bloque de fuerzas enemigas. En esta lucha destaca, ahora, una nueva presencia, la de la llamada Izquierda Nacional.

El proceso histórico de la conciencia es visto entonces como una acumulación de etapas cada vez más completas y superadoras motorizadas por una negación liberadora encarnada en agentes benéficos cuya acción se irá difundiendo "como una infección microbiana en miles de conciencias" (p. 304). De este modo, primero el nacionalismo de derecha liquidó todos los mitos de la histo-

---

<sup>2</sup> Pueden constatarse varios reproches del autor a FORJA: en el terreno de la acción política, confiaba más en la juventud de clase media que en las masas populares, subestimando al creciente movimiento obrero; tuvo una visión nacional y latinoamericana defectuosa; su programa anclaba en la explotación de las riquezas naturales y no comprendió la necesidad de industrializar al país; como "grupo mental de la pequeña burguesía", vaciló ante el 17 de octubre (pp. 306-308 y 382).

riografía liberal "edificio levantado por la oligarquía para su autoglorificación" (p. 264) y allí despegó la conciencia nacional. Después, FORJA negó las consecuencias políticas reaccionarias de los nacionalistas, tomó el revisionismo histórico y pensó al país con ojos argentinos negando a los imperialismos; y más tarde, Perón negó el carácter de clase media no industrialista de FORJA, lo que le permitió despejar dos nuevos sujetos: ejército y clase obrera interesados en el desarrollo.

El papel de la negación en el proceso histórico es para Hernández Arregui tan positivo que incluso las fuerzas antinacionales "estimulan y cohesionan la potencia de la conciencia histórica" (p. 487). "El nacionalismo fue nazi. Este nacionalismo, empero, no fue enteramente negativo, en tanto en una de sus raíces, a pesar de las ideologías en lucha en el mundo, se troquelaba con la neutralidad argentina como tradición histórica, y además, resistía al imperialismo británico" (p. 245). La visión del autor es tan lineal y progresiva que incluso movimientos de contenido ideológico conservador, como el nacionalismo oligárquico pueden cumplir una función de avance en relación a la emancipación nacional. Por eso, cuando menciona a los escritores de la "línea nacional" no ve obstáculos para ubicarlos en un único camino aunque contradictorio y accidentado con final abierto y confiado hacia el futuro<sup>3</sup>.

En definitiva, en la visión teleológica del proceso histórico con futuro promisorio que nos ofrece Hernández Arregui, confluye todo lo que desde "lo nacional", más allá de las contradicciones de clase, logra absorber las herencias positivas para la concreción de ese futuro.

El libro tiene una unidad coherente dentro de esta visión del proceso histórico que marcha hacia donde el autor desea. Durante la lectura, uno tiene la sensación de estar dentro de una concepción del mundo en donde ya sabemos de antemano el lugar que ocupan casi todos los protagonistas. Esta literatura, que tuvo una gran difusión en los años 60 y 70 argentinos, contribuyó a formar a generaciones de militantes políticos de una franja tal vez más amplia que la llamada Izquierda Nacional por Hernández Arregui. Su forma de ver la realidad, los sujetos históricos que se reconocen y la posibilidad o no de confluencia en objetivos comunes de los distintos sectores de las fuerzas nacionales fueron tema de un debate interrumpido violentamente por el golpe de estado de 1976. Volver a buscar lo que ha sido escrito antes sobre el nacionalismo, implica reconstruir la arqueología del modo de pensar de toda una generación de militantes políticos. En este sentido, Hernández Arregui sigue siendo, para muchos, una referencia inevitable.

Desde el punto de vista metodológico, no encontramos en la obra un factor explicativo estructural que más allá del envión progresivo de la historia, nos permita entender la relación ideas-agrupamientos-sociedad. Desde un marxismo explícito, se recurre a las clases sociales para explicar las ideologías, pero también, "amar" al país o apartarse de él puede ser el resultado de la capacidad o incapacidad de voluntades particulares indeterminadas, fuera del condicionamiento de clase social. Cómo pudo FORJA estar en la "clave ideológica de la historia nacional" (p. 308) a pesar de arrastrar el karma de la clase media resulta bastante inexplicable, a no ser porque "la Historia no comete distracciones" (p. 390).

Al referirse a concepciones teóricas generales del desarrollo histórico, tales como el pensamiento de Hegel, Marx, Lenin, presenta de ellas sólo una visión esquemática. En este sentido, recurre a todo un repertorio de citas descontextuadas que lo conduce a alinear autores diametralmente opuestos en apoyo de su visión general. Resulta notable cómo todo ese despliegue bibliográfico es combinado con la repetición de dicotomías descarnadas al estilo de "O Nación o factoría" (p.490).

---

<sup>3</sup> Se incluye a sí mismo entre los escritores de la línea nacional junto a los revisionistas, Leonardo Castellani, José María Rosa, Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos y Arturo Jauretche (p. 459).

Con Hernández Arregui nos sentimos involucrados en una tensión constante. Por un lado, el reconocimiento de su particular sensibilidad para captar fenómenos políticos que iban a producirse en la coyuntura abierta por el golpe contra Perón: el crecimiento de un movimiento nacional alrededor del peronismo y la reinterpretación que de éste haría la izquierda. Por otro lado, el escozor de que el autor siga considerando a toda la "línea nacional" en un único sendero. Tal vez el mismo escozor que él mismo habría sentido si no hubiera muerto, en 1974. De todos modos, ya algo había advertido en la segunda edición de la obra (1970) en una pequeña nota final a pie de página, sobre el predominio de las fuerzas colonialistas en el ejército transmitiendo su desconfianza de que éste volviera a estar junto al pueblo como, según él, lo había estado en el 45.

#### Hacia la construcción de una historia

Aquí ubicamos a LOS NACIONALISTAS de Marysa Navarro Gerassi, EL NACIONALISMO ARGENTINO de Enrique Zuleta Alvarez, EL PRIMER NACIONALISMO ARGENTINO. EN MANUEL GALVEZ Y RICARDO ROJAS de Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, y LOS NACIONALISTAS de María Inés Barbero y Fernando Devoto.

Estas obras reflejan el interés de sus autores por reconstruir de manera más precisa la trayectoria de los nacionalistas conjugándola con el análisis de sus propuestas doctrinarias. En este sentido han abierto la posibilidad de captar al nacionalismo en términos de proceso en contraposición con la imagen menos matizada que habían ofrecido los trabajos más militantes de la década del 50.

Desde esta mirada, en cierta medida novedosa, se ha enriquecido el campo de estudio. Esto a través de la extensión del fenómeno nacionalista más allá de los años 20 y 30, al ubicar sus orígenes en la Argentina del Centenario, o bien, en virtud del interés por precisar diferencias y seguir los reajustes que se han producido en su seno. Los autores se han visto así obligados a rastrear más minuciosamente las fuentes con el afán de fundamentar sus propias interpretaciones. No obstante, estas historias reflejan todavía la fuerte gravitación que ejerce sobre ellas el debate que se planteara al calor del 55 y, en consecuencia, se han desenvuelto dentro de los límites fijados por dicho debate.

Los trabajos de Navarro Gerassi y Zuleta Alvarez, concentrados en el nacionalismo de los años 30 -a pesar de que desbordan los límites de dicha década- constituyen los aportes más significativos en este afán por concretar la historia del nacionalismo. Ambos se detienen en el análisis del nacionalismo oligárquico o de derecha, cuya imagen de bloque más o menos compacto y fuertemente vinculado con el fascismo queda profundamente afectada, en forma rotunda por Zuleta Alvarez y más sutilmente por Navarro Gerassi.

En los otros dos casos, los objetivos son más modestos. Cárdenas y Payá se ocupan sólo del período formativo del nacionalismo, a principios de siglo. Mientras Barbero y Devoto ofrecen una inteligente recopilación de fuentes del período que va desde los precursores del nacionalismo hasta el gobierno de Uriburu. El interés de estos dos trabajos radica justamente en su aproximación al fenómeno nacionalista a partir de las tensiones que reconocen en la sociedad argentina. Desde esta perspectiva queda relativizada la conexión entre fascismo y nacionalismo para dar cuenta de la naturaleza de este último.

El trabajo de Marysa Navarro Gerassi, LOS NACIONALISTAS, se presenta como un punto de ruptura frente a la producción anterior, desde una doble perspectiva: revela una mayor distancia política frente a los interrogantes desde los que se aborda el tema y encara la reconstrucción de la historia del nacionalismo, aunque acotada a su vertiente oligárquica o de derecha. Si bien reconoce a FORJA como expresión del nacionalismo de izquierda, sólo la abordará tangencialmente.

En la reconstrucción de dicha historia articula tres aspectos: a) el proceso político argentino desde el golpe de 1930 hasta el de 1966, aspecto escasamente original, tratado a la manera de telón de fondo; b) la dinámica política de las agrupaciones nacionalistas y c) la caracterización de la ideología nacionalista, analizada en términos de proceso desde su gestación en la década del 20 hasta su consolidación en los años 40.

Esta última cuestión constituye el aporte más original del trabajo. Para realizar esta reconstrucción, Gerassi consultó un más vasto repertorio de fuentes que el utilizado hasta el momento (en los trabajos anteriores sólo se mencionan las memorias de Carlos Ibarguren, los discursos de Uriburu y las obras de algunos nacionalistas) incorporando así, documentos partidarios y publicaciones periódicas de carácter nacionalista. Cabe destacar que para la identificación de las principales agrupaciones y el seguimiento de sus azaras alternativas, la autora no contó con el aporte de las memorias de Federico Ibarguren<sup>4</sup>, las que se convirtieron en uno de los materiales básicos para los trabajos posteriores, tal como se observa a través de las frecuentes citas de que fueron objeto.

A pesar de la distinción que establece entre FORJA y los nacionalistas fundada en sus diferentes orígenes y en el carácter de sus propuestas políticas, reconoce también importantes puntos de contacto entre ambos. "Los forjistas y los nacionalistas se habían ido acercando lentamente en el treinta y ahora no sólo coincidían en considerar funesto el papel desempeñado por Gran Bretaña en la Argentina y en la necesidad absoluta de la neutralidad, sino que también compartían la admiración por Rosas y el federalismo" (p. 144).

Para definir el perfil del nacionalismo, lo enfoca desde diferentes ángulos. Desde lo político, lo visualiza como un conglomerado de grupos minoritarios con escasa cohesión interna pero con fuerte gravitación política. En el plano ideológico, no distingue ejes vertebradores coherentes; aquí Gerassi reconoce la amalgama más o menos artificial de fascismo, corporativismo, hispanidad, falangismo y -en su aspecto antisemita- nazismo" (p. 17). Su fisonomía sólo se precisa en función de su significado social y político -"el nacionalismo fue una forma extrema de reacción conservadora frente al ascenso al poder de la clase media a través del radicalismo" (p. 17)- y en virtud de los principios que compartieron: antiliberalismo, antiparlamentarismo, autoritarismo, militarismo, corporativismo y clericalismo.

Los nacionalistas aparecen, entonces, como un grupo de intelectuales estrechamente vinculados con la oligarquía por su origen social, la que sin embargo los manipuló para concretar sus intereses. De esta forma, según la autora, el fracaso político de estos grupos se debió a dos razones: su desprecio y consiguiente desvinculación de los sectores populares, y la utilización de que fueron objeto por parte de la clase dominante que no les delegó su representación.

Si bien en esta presentación genérica de los nacionalistas el trabajo revela fuertes similitudes con las caracterizaciones precedentes, su contribución más significativa reside en los argumentos que esgrime para deslindar nacionalismo y fascismo. Para Gerassi, a pesar de la admiración que profesaron los nacionalistas por los regímenes fascistas y de sus coincidencias en torno a ciertos principios, el nacionalismo argentino se recorta como un movimiento específico a partir de su articulación en torno a tres principios: el catolicismo, el rosismo y el antiimperialismo.

La vinculación del nacionalismo con cada uno de ellos sólo se efectivizó a lo largo de un proceso en el que Navarro Gerassi distingue tres fases: "1) durante los primeros años, la influencia extranjera llegó al máximo y el nacionalismo recibió la fuerte lección del fascismo; 2) a mediados de la década

---

<sup>4</sup> Ibarguren, Federico, ORIGENES DEL NACIONALISMO ARGENTINO, Buenos Aires, Celsius, 1969

del 30, el catolicismo, que había sido un elemento significativo del nacionalismo desde los días de LA NUEVA REPUBLICA, se convierte en el ingrediente esencial y priva al fascismo de mucho de su atractivo; 3) finalmente se añaden dos principios fundamentales: 'rosismo' y 'antiimperialismo'" (p. 92).

Así como el reconocimiento de rasgos específicos en el nacionalismo argentino abre nuevas posibilidades para superar la fácil identificación entre nacionalismo y fascismo, la construcción de esta periodificación oscurece el análisis al soslayar toda una trama de relaciones de carácter más complejo. Desde esta perspectiva el nacionalismo aparece desenvolviéndose a lo largo de un proceso evolutivo lineal, desde unos orígenes en los que prevalecen los elementos foráneos y que concluye cuando éste asume un carácter definitivamente argentino (rosismo) y en cierto sentido progresista (antiimperialismo). De esta manera se relega a un segundo plano la coexistencia en su seno de propuestas y alternativas en tensión y se impide avanzar en la comprensión de una trayectoria más contradictoria que la que se presenta a través de ese esquema lineal.

Este análisis queda en cierta medida limitado a la identificación de algunos nacionalistas y de las agrupaciones en que confluyeron y al reconocimiento de los principios originales mencionados como ejes vertebradores del pensamiento nacionalista. De esta forma, la autora no logra una acabada articulación entre la historia política y la historia de las ideas, no obstante abrir la posibilidad de empezar a pensar desde esa perspectiva.

En EL NACIONALISMO ARGENTINO, Zuleta Alvarez continúa la línea interpretativa inaugurada por Navarro Gerassi en un doble sentido. Por una parte, porque encara una reconstrucción de la historia del nacionalismo no sólo distinguiendo las principales figuras y agrupaciones, sino precisando también las divergencias internas y las transformaciones que se concretaron en el seno de dicho movimiento. Por otra, porque profundiza aún más el cuestionamiento del vínculo fascismo-nacionalismo y enfatiza el carácter auténticamente nacional y positivo de este último.

Para esto, se esfuerza en demostrar la existencia de una cesura decisiva en el seno del nacionalismo oligárquico. La distinción de Zuleta Alvarez entre una línea doctrinaria y otra republicana está definitivamente encaminada a realzar los aspectos de esta última, con la cual se declara totalmente con-substanciado. Su objetivo central es replantear el esquema de la Izquierda Nacional: nacionalismo oligárquico-nacionalismo popular. "Ya sea por ignorancia como por omisión deliberada, la ausencia de una buena historia de los hechos hace posible el manejo arbitrario de la significación del Nacionalismo. Como ocurre cuando sólo se tiene en cuenta el Nacionalismo Doctrinario y se silencia al Nacionalismo Republicano, con lo cual la Izquierda Nacional compone un esquema del Nacionalismo oligárquico que cuadra con sus aspiraciones de convertirse en la única opción contra la oligarquía y el imperialismo." (T. II, p. 666) La identificación del Nacionalismo republicano que "no fue oligárquico, ni proimperialista, ni filofascista", le permite entonces, oponer "un competidor activo y nada despreciable" al nacionalismo marxista (T. II, p. 641).

En pos de su objetivo no sólo escinde en dos grupos disímiles al nacionalismo oligárquico, reubica también los orígenes del mismo. De esta forma traslada el estudio de sus primeras manifestaciones desde fines de los años 20 a principios de siglo donde encuentra las raíces de esta concepción nacional. En la Argentina del Centenario reconoce una significativa renovación intelectual entre cuyos rasgos destaca la reacción contra el positivismo, el cientificismo marxista y la restauración católica, de la que se nutrió la concepción nacionalista. Entre sus primeros representantes distingue a Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez. Desde este marco el autor subestima la gravitación de las influencias extranjeras. Los pensadores europeos dejan de ser la fuente de inspiración que los nacionalistas han seguido fielmente y esto más allá de que Maurras, Mussolini o Primo de Rivera hayan sido frecuentemente leídos.

El argumento decisivo a fin de fundamentar la existencia de un nacionalismo específicamente argentino y positivo políticamente reside en su reconocimiento de una nueva línea, el nacionalismo republicano. Este se distingue, según el autor, por su carácter democrático y antiimperialista; por su capacidad para valorar el yrigoyenismo como un movimiento popular al mismo tiempo que enjuiciaba a la oligarquía y por su actitud favorable al sistema de partidos y a las prácticas electorales.

Claro que una cosa es postular la existencia de un nacionalismo con tales rasgos y otra es demostrar su existencia encarnada en determinadas agrupaciones con gravitación en el escenario político. Y aquí, en el reconocimiento de un nacionalismo republicano como una fuerza política de perfil definido, reside la falacia del planteo de Zuleta Alvarez. Lo que realmente reconstruye, es el pensamiento de Rodolfo Irazusta y secundariamente su conducta política.

Cuando uno intenta precisar los límites de los republicanos como una agrupación política a lo largo de una trayectoria, sólo queda la figura de Irazusta. De esta forma, los lúcidos planteos que según Zuleta Alvarez prefiguraron a la línea republicana desde los artículos de LA NUEVA REPUBLICA, se debieron sólo a la pluma de Irazusta<sup>5</sup>. Luego, la propia trayectoria de quienes confluyeron en torno al semanario NUEVO ORDEN (1940-1942) -la expresión aparentemente más orgánica del grupo<sup>6</sup>- revela significativamente la inconsistencia y la fragilidad del mismo. En este sentido cabe señalar que sus representantes más destacados (y esto en función de las citas que ofrece Zuleta Alvarez para exponer la propuesta del nacionalismo republicano) Ernesto Palacio, Raúl G. Carrizo y Bruno Jacovella se alejan del nacionalismo a partir de su vinculación con el peronismo. En el caso de Jacovella, el propio Zuleta Alvarez destaca azorado que en las reflexiones de éste sobre la trayectoria del nacionalismo se omite totalmente al grupo republicano<sup>7</sup>. Otro de sus miembros, Julio Irazusta, refiere en sus memorias<sup>8</sup> cómo a partir de la frustración en que desemboca el golpe del 6 de septiembre y de la presencia de jóvenes radicales "que se jugaban por el interés nacional", terminó afiliándose al radicalismo en 1935.

Por otra parte, la definida vocación del nacionalismo republicano por la actividad política dentro de las reglas del sistema partidocrático y su arraigo popular no quedan fundamentadas en la exposición de Zuleta Alvarez. El Partido Libertador, como expresión política de los republicanos, recién se constituyó en octubre de 1942, en un momento en que el grupo nucleado en NUEVO ORDEN había comenzado a dispersarse. Este semanario se cerró en mayo de ese año y en el nuevo periódico LA VOZ DEL PLATA (junio 1942-diciembre 1943) sólo reaparecieron los Irazusta y Ramón Doll. El objetivo principal de la nueva publicación era "la organización del Nacionalismo en un partido político" (p. 500), pero la mayoría de sus colaboradores eran jóvenes que no habían

---

<sup>5</sup> En este sentido, Zuleta Alvarez destaca que desde 1930, Irazusta adoptó una posición crítica frente al régimen de Uriburu, pero además reconoció la necesidad de construir una Nación propia, en virtud de lo cual las reformas políticas pasaban a un segundo plano. Para ello revisó sus ideas anteriores y arribó a una valorización positiva del radicalismo a partir de su vinculación con la tradición federal y de su base de sustentación, de carácter popular.

<sup>6</sup> Justamente Zuleta Alvarez reconoce como representantes principales del Nacionalismo republicano a los colaboradores de NUEVO ORDEN, Ernesto Palacio, Julio Irazusta, Raúl Guillermo Carrizo, Enrique Harriague Coronado, Carlos M. Dardán, Bruno Jacovella y por supuesto Rodolfo Irazusta (T. II, p. 649).

<sup>7</sup> La serie de artículos que publicó en la revista DINAMICA SOCIAL entre 1958 y 1961.

<sup>8</sup> Irazusta, Julio, MEMORIAS (HISTORIA DE UN HISTORIADOR A LA FUERZA), Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975.

participado de las experiencias anteriores de los "republicanos".

La conducta oscilante del propio Rodolfo Irazusta también pone en duda la consistencia de los postulados del nacionalismo republicano tal como fueron expresados en NUEVO ORDEN. El máximo representante de esta orientación nacionalista "democrática" y quien, según su ferviente admirador, se había tornado escéptico respecto a los beneficios que podrían derivarse de un golpe militar, al mismo tiempo que apoyaba la organización del Partido Libertador, concurría a las reuniones en que se preparaba un golpe contra el presidente Castillo.

Los republicanos de LA VOZ DEL PLATA repitieron así la historia que habían recorrido desde LA NUEVA REPUBLICA: apoyaron primero el golpe militar, para terminar luego distanciándose del mismo. Nos encontramos por lo tanto con un grupo político que no termina de configurarse como tal y con conductas políticas escasamente consistentes. ¿Resulta válido entonces distinguir un definido nacionalismo republicano? ¿Quiénes conforman ese "sector numeroso e importante del Nacionalismo" que "convocó a todas las clases y buscó una ancha base social para el Nacionalismo?" (p. 641)

Por último, Zuleta Alvarez concluye con otra afirmación polémica: el peronismo, en sus inicios, reveló fuertes influencias del programa republicano. Una vinculación que no fundamenta, pero que le permite reforzar el contenido popular de las propuestas republicanas. Esta versión sobre el nacionalismo representa una ruptura tajante con las que plasmaron en el 55; en ella se fractura al nacionalismo oligárquico para reconocer en su seno la existencia de una vertiente popular que incide sobre el peronismo.

Tres años después de la publicación del trabajo de Zuleta Alvarez, Carlos Payá y Eduardo Cárdenas publicaron EL PRIMER NACIONALISMO ARGENTINO. EN MANUEL GALVEZ Y RICARDO ROJAS. Este período adquiere así un perfil específico y se autonomiza sin perder por ello su íntima conexión con el nacionalismo que más orgánicamente se presentaría en el escenario político a fines del 20.

Para Payá y Cárdenas, como en el caso de Zuleta Alvarez, los representantes de la generación del Centenario que cuestionaban en parte el proyecto de sus padres, nutrían su disconformidad en la crisis que signaba a la sociedad argentina de principios de siglo<sup>9</sup>. Una crisis espiritual y de valores que pudo ser visualizada sólo por aquellos que, a partir de una mayor sensibilidad, no se dejaron encandilar por el éxito del desarrollo económico. La Argentina del Centenario presentada por los autores desde la perspectiva de los primeros nacionalistas, contenía en su seno las tensiones que desembocarían en la gestación de la nueva concepción. Entre estos estímulos, Cárdenas y Payá destacan: el predominio de un materialismo obsesivo a partir del cual toda conducta que persiguiera el éxito económico quedaba justificada; la presencia dominante de los extranjeros en la ciudad de Buenos Aires que se transfiguraba en una metrópolis cosmopolita y por último, la crisis de la élite política en virtud del fracaso de las fuerzas conservadoras en su intento de constituir el Partido Demócrata Progresista.

En la plasmación de una actitud crítica frente a esta realidad, los autores destacan el aporte de la obra inicial de Gálvez y Rojas. En ambos, según Cárdenas y Payá, operó también otro impulso, el de sus recelos frente a la democracia. Una desconfianza fundada en su percepción de las masas a las que no le reconocían la capacidad suficiente para alcanzar la condición de ciudadanos. De ahí la preocupación de ambos frente a la desaparición de una élite política y el reemplazo de la misma por los políticos de comité.

Frente a este cúmulo de tensiones, los autores visualizan en la propuesta de

---

<sup>9</sup> Ubican en esta generación entre otros a: Rodolfo Moreno, Matías Sánchez Sorondo, Alfredo Palacios, Mario Bravo, Alberto Gerchunoff, Juan Alvarez, Carlos Becú, Carlos M. Noel, Emilio Becher.

Gálvez y Rojas una serie de elementos novedosos a partir de los cuales intentan oponerse a lo que perciben como posible disgregación de lo nacional. La revalorización del interior, sus paisajes y el gaucho junto con la exaltación de lo hispánico aparecen como elementos centrales en la configuración de esta nueva perspectiva. Ambos se acercaron también a una especie de revisionismo histórico para buscar otras raíces que las que ofrecía la historia oficial a fin de fundar la nación. En este sentido, en los caudillos del interior y en la "gloriosa montonera" reconocieron a los elementos que habían sabido resistir el embate de quienes, como los unitarios, contribuían al proceso de desnacionalización.

Sin embargo, no hay todavía en ellos una impugnación global del proyecto liberal. Según Cárdenas y Payá, ambos admiraban la inmensa tarea transformadora lograda por los hombres del 80. Cabe destacar que más allá de sus orígenes provincianos, tanto la familia de Gálvez como la de Rojas habían sido parte del sistema político roquista: el tío de Gálvez fue gobernador de Santa Fe y el padre de Rojas, de Santiago del Estero.

El trabajo de Cárdenas y Payá, además de enfatizar los aspectos específicos del nacionalismo en sus orígenes, permite avanzar en la reflexión sobre dos aspectos claves del fenómeno nacionalista. Por un lado, el de las interrelaciones entre los orígenes del mismo, la crisis de la clase dirigente y la creciente gravitación del conflicto social. Por otro, el del significado que asume el concepto de nación en este contexto, la que, según los autores, pasa a ser considerada como una personalidad histórica que permite considerar el problema social desde una perspectiva nueva.

En LOS NACIONALISTAS, Barbero y Devoto plantean como puntos de partida la necesidad de precisar ciertas cuestiones a fin de superar las ambigüedades y los equívocos que obstaculizan una precisa conceptualización del nacionalismo. Desde la perspectiva de esta revisión dichas reflexiones constituyen uno de los aportes más destacados del trabajo. Ya que éste, más que como el resultado de una investigación original, se nos presenta como una oportuna identificación de algunos problemas que recorren la producción historiográfica sobre el nacionalismo.

Al respecto distinguen cuatro cuestiones: la definición del término, la clasificación de los nacionalistas, los orígenes del nacionalismo y su significación en la sociedad argentina. Sin embargo, sus propuestas en torno a las mismas, no logran abrir perspectivas más enriquecedoras.

En el caso de la definición del nacionalismo, intentan recortar un espacio lo suficientemente amplio como para que en el mismo queden englobados todos los nacionalistas y no sólo algunos de sus grupos o alternativas. Pretenden así, deslindar la definición de la clasificación en forma más explícita que los autores anteriores quienes privilegiaron el análisis de algunos de los grupos frente al nacionalismo en su conjunto.

Los criterios elegidos para concretar tan amplia perspectiva son dos: ciertos elementos ideológicos y políticos comunes al nacionalismo y una conciencia de pertenencia. Dichos principios están presentados en una forma ambigua: "cierta posición de crítica y disconformidad hacia el sistema imperante; una revisión no uniforme de los valores históricos aceptados como producto de este cuestionamiento del presente; una manifiesta hostilidad hacia el positivismo, relacionada con una crítica a diversos aspectos del liberalismo; una exaltación de la nacionalidad y, por último, una actitud de oposición hacia las filosofías y las organizaciones internacionalistas" (p. 10).

Estos principios son subordinados a la conciencia de pertenencia, es decir, que el hecho de que los nacionalistas "se reconozcan a sí mismos como tales y sean vistos del mismo modo por el resto de la comunidad" (p. 10) constituye el eje central de la definición. El nacionalismo de Barbero y Devoto es los nacionalistas y, por tanto, para definir los rasgos específicos de esta corriente no van a poder desentenderse de las clasificaciones.

En cuanto a sus presupuestos sobre las cuestiones en debate, éstos quedan explicitados a través de la periodización escogida, de las figuras seleccionadas y de la forma en que las han caracterizado. Coinciden con Cárdenas y Payá en ubicar los orígenes del nacionalismo en la Argentina del Centenario. En la clasificación de los nacionalistas aceptan la difundida línea divisoria que deslinda al nacionalismo de élite -para otros oligárquico- del popular para luego subdividir a cada uno de ellos en subgrupos.

La identificación del nacionalismo popular resulta sumamente ambigua. En la presentación de la clasificación, ubican en este espectro a Rojas, Gálvez, Mosconi y Ortiz Pereyra; luego, estos dos últimos son analizados como precursores del nacionalismo popular, mientras que el pensamiento de Rojas y Gálvez -en los que resulta difícil reconocer su carácter popular- es considerado en el capítulo dedicado a los precursores del nacionalismo.

En el tratamiento del nacionalismo de élite distinguen tres líneas: la republicana, la tradicionalista católica y la filofascista, que ponen de manifiesto el afán de los autores por precisar diferencias entre unos nacionalistas y otros al mismo tiempo que distinguir las oscilaciones de sus trayectorias. Ni Lugones ni los neorrepublicanos pensaron lo mismo; ni tampoco la posición de LA NUEVA REPUBLICA fue la misma a lo largo de su existencia. A través de la selección de fuentes sobre esta vertiente se ha buscado mostrar qué pensaron algunos nacionalistas, pero cuidándose de distinguir diferencias doctrinarias y reacomodamientos a lo largo del proceso político.

Finalmente, los elementos ideológicos y políticos comunes a los nacionalistas se han desdibujado y la autoconciencia derivada de su conciencia de pertenencia nos conduce a un callejón sin salida que nos impide deslindar la visión de los protagonistas de las sucesivas reconstrucciones históricas de que ha sido objeto el fenómeno nacionalista.

En este sentido es que el análisis de Barbero y Devoto nos devuelve la pregunta sobre qué es el nacionalismo, planteada en la introducción de su trabajo.

#### Los nuevos aportes

Sandra McGee Deutsch concentra su investigación en torno a una agrupación, la Liga Patriótica Argentina, superficialmente considerada en los anteriores trabajos. Como hemos visto, éstos privilegiaron el estudio de las organizaciones que, constituidas en vísperas del golpe del 6 de septiembre, asumieron un papel más o menos relevante en su concreción. En el seno de dicha producción se distingue, sin embargo, el aporte de Barbero y Devoto. Estos historiadores ya habían visualizado el carácter singular de la Liga, anticipando así, algunas de las conclusiones más fundamentadas del trabajo de Deutsch.

En LOS NACIONALISTAS, Barbero y Devoto destacan que si bien el ideario político de la Liga contiene "muchos elementos de tipo nacionalista" al mismo tiempo, "el marco ideológico era excesivamente contradictorio y confuso ya que confluían en él sectores de la más diversa procedencia: católicos moderados, liberales, nacionalistas antidemocráticos, conservadores y hasta radicales, reunidos por algunos odios comunes más que por afinidad entre ellos" (p. 39-40). De ahí que les resulta posible reconocer, tanto elementos que la vinculan con otros grupos nacionalistas como aspectos que la distancian de los mismos.

La investigación de Deutsch, a través de una indagación minuciosa sobre la estructura interna y las actividades de la Liga, confirma la presencia de rasgos que la distinguen de los nacionalistas de los años 30. En este análisis, ha considerado cuatro cuestiones: a) el origen y la estructura organizativa de la Liga, b) su accionar como fuerza de represión frente a los conflictos sociales desencadenados por las reivindicaciones de los obreros

industriales y de los peones rurales, c) su labor a fin de consolidar el statu quo a través de aquellas tareas que tendían a concretar la armonía social, d) sus diferencias y similitudes con los grupos nacionalistas que se constituyeron a fines de la década del 20.

Los aportes más originales y valiosos del trabajo se encuentran en la precisa y detallada reconstrucción que ofrece sobre la organización de la Liga y respecto al vasto conjunto de actividades desplegada por la misma. Al respecto, se destaca como rasgo novedoso -especialmente en relación con las otras agrupaciones nacionalistas- el destacado papel que se le confirió a la mujer en el seno de dicha organización. En la mujer, Carlés, su presidente, reconoció a uno de los soportes centrales del orden social y ello a través de su función como madre y educadora. Las liguistas, nucleadas en torno a las brigadas femeninas, asumieron una serie de tareas de carácter benéfico a través de las cuales se pretendía integrar a la familia obrera a la sociedad. Sin embargo, desde la Liga se puso especial cuidado en evitar la politización de las mujeres, ya sea colocándolas en una posición subordinada en el seno de la organización u oponiéndose a la concesión del sufragio femenino.

Mientras la Iglesia, las mujeres, la educación, fueron visualizados como elementos sumamente aptos a los fines de restablecer la armonía social, en los casos en que esta se resquebrajaba a raíz de las demandas obreras, la Liga no dudó en emplear la más brutal represión. Al respecto, Deutsch reconstruye las modalidades del accionar de los liguistas, a través de su participación en una serie de conflictos sociales que se desencadenaron en el país entre 1919 y 1922. A través de esta reconstrucción, destaca también la extendida gravitación geográfica de la Liga, que constituye otro de sus rasgos distintivos.

Después de haber analizado su estructura organizativa, su composición social, sus diversas actividades, el contenido de sus propuestas socio-económicas y sus vinculaciones con los gobiernos radicales e instituciones tales como la Iglesia y las Fuerzas Armadas, Deutsch precisa la naturaleza política de dicha organización. La Liga se erige así como "el primer grupo contrarrevolucionario importante en ese país en el siglo XX, constituyó principalmente una respuesta burguesa a la izquierda eminentemente inmigrante, y sólo en segundo término una respuesta de la clase alta a la democracia de clase media. Resultó de los esfuerzos por destruir el gremialismo, por identificar a la izquierda con los extranjeros y por poner la actividad gremial bajo el ala de la Iglesia" (p. 240).

Luego, a modo de conclusión, intentará ubicar a la Liga dentro del espectro de los movimientos contrarrevolucionarios. Esta preocupación la vincula entonces con el debate que recorre la producción historiográfica sobre el nacionalismo. Sin embargo, la indagación de Deutsch sobre esta cuestión introduce una nueva distinción. Esto en virtud de la escisión que establece entre los liguistas y los otros nacionalistas. Desde este trabajo, Lugones, LA NUEVA REPUBLICA y la Legión Cívica se presentan significativamente distanciados de Carlés y la Liga. Los primeros aparecen asumiendo una posición más radical y tajantemente crítica respecto al sistema liberal. Al mismo tiempo, su composición social revela una menor gravitación de la clase alta. Pero además, mientras la autora reconoce en los orígenes de la Liga la gravitación decisiva del conflicto social, en la constitución de los grupos nacionalistas identifica el impacto del debilitamiento de la élite política dominante. Resultado este último, de la incorporación de los nuevos sectores de la clase media al aparato estatal, a través de la política instrumentada por Yrigoyen.

A partir de aquí la reflexión se desliza por un terreno pantanoso. Deutsch no sólo fuerza los argumentos para arribar a las conclusiones esperadas, sino que además, no resiste la tentación de extender sus categorías y juicios al peronismo y al régimen militar que se impuso entre 1976 y 1983.

En primer lugar, Deutsch defiende la posibilidad de recurrir al concepto de fascismo para definir las experiencias políticas latinoamericanas y descarta

las objeciones de otros investigadores que se niegan a utilizar dicho concepto en virtud de los rasgos específicos de estas sociedades. Y esto porque -y sin que medie ninguna definición sobre el fascismo- en sociedades europeas subdesarrolladas (Rumania, Hungría, Checoslovaquia y España) ella afirma que hubo fenómenos fascistas.

Luego de "salvado" este primer obstáculo, encara la confrontación de la Liga, los grupos nacionalistas y el mismo peronismo con el fascismo. Sin embargo, a lo largo de toda esta exposición sigue sin asumir una definición precisa de fascismo. Al respecto cabe destacar que el carácter del fascismo, sus alcances y limitaciones es aún hoy, objeto de un complejo y apasionante debate. Por esta razón la posibilidad de aplicarlo a una u otra experiencia política singular, exige que primero se especifique cuáles son los elementos constitutivos que se reconocen como ejes vertebradores del mismo.

Deutsch en cambio, a través de esa búsqueda de uno u otro autor a fin de encontrar la definición adecuada, según el argumento que necesite reforzar, sólo genera confusión. De este modo, según la autora, la presencia de los obreros en el peronismo no invalida su carácter fascista porque las investigaciones de E. Weber han demostrado que los fascismos húngaro y rumano-países con rasgos similares a la sociedad argentina-movilizaron a sectores pobres e intelectuales. Por otra parte, la definición de Nolte le parece la más adecuada en virtud de "su sutileza y profundidad" para comparar la Liga con el fascismo, pero cuando al final del camino descubre que resulta demasiado general, recurrirá al inventario mínimo de Payne sobre los rasgos del fascismo. Y finalmente, cuando concluya que la Liga no fue fascista, será la clasificación de Mayer sobre los movimientos contrarrevolucionarios, la que le permitirá englobar en dicha categoría a liguistas y nacionalistas, al mismo tiempo que distinguir sus rasgos específicos<sup>10</sup>. Los liguistas se definen ahora como conservadores, mientras que sus aliados nacionalistas combinaron rasgos de contrarrevolucionarios y reaccionarios.

Claro que después de todos estos atajos, la conclusión se revela inconsistente. Esto en virtud de que a través de una argumentación caótica, nunca termina de definir el fascismo. Los resultados a que llega, entonces, no se han derivado de dichas comparaciones, estaban ya presentes al plantearse las mismas.

Nos inclinamos decididamente a favor de la historia más modesta, pero sólidamente construida, sobre la Liga Patriótica y desde la que se abren nuevas perspectivas para el análisis de la dinámica política argentina, que de este conjunto de categorizaciones ambiciosas, pero muy imprecisamente utilizadas.

El título del artículo de David Rock, "Intellectuals Precursors of Conservative Nationalism in Argentina, 1900-1927", nos ubica perfectamente dentro de los límites temáticos y temporales de su trabajo. En los veintisiete años considerados, se producirá lo que el autor llama la transición del tradicio-

---

<sup>10</sup> Mayer en DYNAMICS OF COUNTERREVOLUTION reconoce tres categorías de contrarrevolucionarios: los conservadores, los reaccionarios y los contrarrevolucionarios (fascistas arquetípicos). El inconveniente de esta clasificación, al menos desde como la presenta Deutsch, reside en el hecho de que los criterios utilizados para distinguir a cada uno de los grupos son disímiles. A los dos primeros, resulta posible ubicarlos en relación con el orden vigente, a partir de su inserción en la trama social. De esta forma son conservadores quienes se benefician y sostienen al orden existente en función de su sólida posición en lo económico, lo político y lo social, y son reaccionarios quienes permanecen adheridos al orden preexistente (terratenientes, Iglesia) proponiéndose restaurarlo para recuperar su posición perdida. Los contrarrevolucionarios en cambio, aparecen como un conjunto ambiguo del que sólo se destaca su definida tendencia a asumir actitudes extremas y el hecho de que reciban la adhesión de las capas sociales que temen el cambio drástico: terratenientes pobres, clases medias baja y nueva.

nalismo al "nacionalismo" en dos etapas: antes y después de la primera guerra mundial. Esta transición terminará de hacerse efectiva en 1927 con la creación de LA NUEVA REPUBLICA y la consiguiente aparición de una "nueva generación de fanáticos del ala derecha que propiciarán una 'Nueva Democracia' fundada en el poder militar y la representación corporativa" (p. 299). Para Rock, el examen de los tradicionalistas y su mundo intelectual constituye un prelude indispensable para una discusión sobre el nacionalismo en sus formas modernas y para analizar los vestigios que de él persistieron entre algunos grupos de poder como el ejército. En este sentido, este artículo se presenta como un trabajo exploratorio para un proyecto más ambicioso que "apuntará a perfilar los orígenes de la guerra civil en Argentina durante los años 70" (p. 272).

Este ensayo está estructurado en torno a tres ejes: la presentación de los tradicionalistas, sus principales temas y fuentes englobados como "antipositivistas"; la creciente influencia de la restauración católica y su ascendiente sobre los tradicionalistas en un período de agitación social y la incidencia de la politización creciente que desde 1916 va a ir haciendo confluír a los tradicionalistas con los otros protagonistas del golpe de estado del 6 de septiembre. El tratamiento que el autor da a cada uno de estos ejes, anticipa de alguna manera los presupuestos de su posterior trabajo.

Ubicar a este artículo en la trama historiográfica preexistente equivale a considerarlo como una síntesis inteligente de trabajos anteriores. Así, podemos decir que en el intento de encontrar raíces auténticas del pensamiento nacional desde principios de siglo, sigue a autores como Zuleta Alvarez, Cárdenas y Payá, Barbero y Devoto, particularmente las dos últimas obras muy citadas por el autor. Zuleta Alvarez se nos aparece en su tratamiento de la restauración católica, así como McGee Deutsch, en las alusiones al ambiente de conflicto y politización creciente marcado en ambos autores por un hito significativo como la Semana Trágica que "ilustró la extrema fragilidad de la democracia popular y la fuerte preferencia entre los grupos de poder por el orden sin pensar en los costos para la libertad" (Rock, p. 297). Al final del artículo, anticipando una explicación del fracaso político de los nacionalistas, también recurre a Hernández Arregui para encontrar en el desdén de aquéllos por el pueblo lo que los hizo consolidarse como un núcleo sectario y corporativo más intelectual que político y por tanto "incapaz de liderar un movimiento político organizado" (Rock, p. 300). Conclusión que tampoco difiere mayormente de la esbozada por Navarro Gerassi en 1969.

Fuera de esta síntesis realizada a partir de trabajos previos, el autor utiliza por primera vez el calificativo de "tradicionalistas" para identificar a los precursores intelectuales del nacionalismo; un término nuevo para recoger rasgos distintivos que ya habían sido considerados por los autores que utiliza. Toma el término de Manuel Gálvez, como así también el de "nacionalistas evangelizadores" con el que el mismo Gálvez se definirá a sí mismo después de la guerra. Rock entonces, traduce la autodefinition de Gálvez, incluye a Rojas en ella (como lo habían hecho Cárdenas y Payá) y fuerza la inclusión de Ibarguren y Lugones, de los que brinda una visión parcial, sobre todo de este último a quien es más difícil identificar con una restauración aunque más no sea por su propuesta industrial-militarista y su admiración por los Estados Unidos.

Un aspecto novedoso del trabajo es el de haber enfatizado el impacto de la guerra como circunstancia de ruptura que va a abrir la posibilidad de aglutinar a un movimiento nacionalista con carácter definitivamente político; un movimiento que se presenta como respuesta cada vez más evidente a la naturaleza de la cuestión social en la Argentina, vista por el autor como un "entrelazamiento de conflicto de clases con las discordias provocadas por la inmigración" (p. 299).

En este contexto, el autor recorta especialmente a la Iglesia mostrando cómo su discurso marginal (ya que casi no tenía inserción en un marco en el que dominaba el liberal-positivismo en las instituciones) va ganando espacio a

través de la visualización de este conflicto creciente. Círculos obreros, Liga Patriótica y proyectos de reformas sociales que cuestionan a un estado liberal que las soslaya, fueron el instrumento de esta restauración. Esta posición de la Iglesia que traduce en Argentina los postulados de la Rerum Novarum, fortalece en los tradicionalistas su desprecio por el liberalismo y el socialismo a la vez que hacía crecer en ellos la simpatía por las reformas sociales.

Otro sujeto importante en la construcción de Rock es el ejército, cuyo rol político se incrementaba desde la Semana Trágica, no sólo porque se hacía cargo del control social sino porque además obtenía una gravitación creciente en algunas actividades industriales.

Más allá de establecer un punto de ruptura -la guerra y el conflicto social de identificar la aparición de nuevos sujetos -la Iglesia y el ejército- que van a ir confluyendo con los tradicionalistas a través de la preocupación por la cuestión social y la restauración del orden, Rock no nos termina de mostrar cómo todos ellos van adquiriendo espacio ni cómo se produce finalmente la articulación entre estos tres protagonistas, dando a entender entonces que el mismo ambiente caldeado produjo esa coincidencia.

Lo que nos resulta más significativo de su trabajo, es la identificación de un universo discursivo compartido entre los tradicionalistas-nacionalistas e Yrigoyen. Los escritos políticos de este último contienen, según Rock, "una ecléctica y caótica mezcla de elementos liberales, krausistas y católicos" (p. 294). Sutilmente entretreídos con sus compromisos con el liberalismo y la democracia popular, exhiben "algunas de las corrientes del pensamiento preliberal y católico que habían influenciado a los nacionalistas (p. 294). Como los liberales, Yrigoyen reclamaba elecciones libres, como los krausistas, aproximaba "carácter nacional" a "moralidad pública", como los católicos, invocaba el "bien común" y antropomorfizaba a la nación utilizando un lenguaje que abundaba en la imaginería cristiana: "martirio", "alma nacional", "causa", "creyentes", "apostolado", "rechazar las tentaciones" (pp. 294-295).

Esta sugestiva identificación posibilita la comprensión de dos fenómenos complementarios. Por un lado nos sugiere que el enfrentamiento entre Yrigoyen y los nacionalistas habría que dejar de verlo en los términos discursivos en que se lo ha venido analizando hasta el momento. Comenzar a evaluar, entonces, la magnitud de la fractura social que los distancia, un aspecto al que Rock apenas se refiere dado el carácter sintético de su artículo, constituye un desafío para próximos trabajos. Por otro lado, nos brinda una clave para entender la posterior reivindicación que algunos nacionalistas (Gálvez, Irazusta, Palacio) harán de la figura de Yrigoyen cuando va se había acabado para siempre la posibilidad de que éste retornara al poder.

En relación a los temas que nos han interesado revisar en los trabajos anteriores -el de la definición/clasificación del nacionalismo y el de su vinculación o no con el fascismo- Rock nos ofrece algunas pistas en la presentación inicial de su trabajo. Aquí menciona al peronismo como síntesis de las dos ramas del nacionalismo que hasta ese momento se habían diferenciado: "un nacionalismo 'democrático' cuyas raíces descansaban en el radicalismo yrigoyenista y en FORJA, y un nacionalismo conservador, o nacionalismo a secas. compleja variedad de corporativismo católico que fue parcialmente influido por el fascismo" (p. 271).

Vemos entonces la repetición de la clasificación en dos grandes bloques de los años 50, pero ahora unidos en el peronismo. No obstante, la utilización de la palabra nacionalismo en castellano para referirse exclusivamente a la versión conservadora, puede constituir toda una definición en la que la relación con el fascismo no constituye un aspecto central.

El trabajo de Buchrucker, al igual que el de Zuleta Alvarez, se presenta como el resultado de una investigación sólidamente documentada y a partir de la cual se pretende que sus argumentos y conclusiones puedan ser percibidos como

el resultado de una labor científica y no de la mera interpretación subjetiva. Allí terminan las coincidencias. Si el hilo conductor de la reconstrucción de Zuleta Alvarez es el de la distinción entre nacionalismo republicano y fascismo y desde allí la identificación de similitudes entre las propuestas del primero y el programa peronista, el de Buchrucker es justamente el inverso. El objetivo último de su trabajo es establecer una delimitación clara y rigurosa entre peronismo y nacionalismo por un lado y entre peronismo y fascismo por el otro. Al mismo tiempo procura fundamentar la estrecha vinculación que reconoce entre nacionalismo y fascismo.

El nudo clave de la obra reside en la forma en que Buchrucker define y caracteriza a cada una de estas expresiones políticas para luego plantear las vinculaciones y diferencias que encuentra entre las mismas. Aquí justamente, observamos las más graves falencias del trabajo. La serie de argumentos desplegados a fin de establecer el nexo entre fascismo y nacionalismo restaurador y la desvinculación del peronismo con ambos, muestran ambigüedades y contradicciones que le restan credibilidad. Al mismo tiempo se revelan como construcciones forzadas por el autor para alcanzar de esta manera las conclusiones que ha establecido previamente. La investigación por lo tanto, no se desarrolla para encontrar respuestas a determinados interrogantes sino para justificar concepciones previas.

A través de este comentario nos proponemos poner de manifiesto la inconsistencia de los planteos que utiliza para sostener sus conclusiones. Para ello, nos centraremos en el análisis de la perspectiva desde la que define y evalúa a cada una de dichas expresiones políticas.

En la caracterización del nacionalismo restaurador reconoce dos etapas: la de sus orígenes y la de su desarrollo y diferenciación. En la primera ubica al uriburismo, el primer nacionalismo estructurado e íntimamente conectado con el golpe del 6 de septiembre de 1930. De éste deriva el núcleo fundamental, el nacionalismo restaurador que se consolida y despliega a lo largo de la "década infame". Coexistiendo con él, pero diametralmente opuesto al mismo, por sus raíces históricas y las concepciones que lo nutren, ubica al nacionalismo populista del que se ocupa sólo tangencialmente.

El núcleo firme y característico del uriburismo está dado por las notas que lo distinguen a nivel ideológico: el elitismo y el rechazo a la democracia. A nivel político en cambio, lo presenta como una alianza todavía heterogénea. A partir de este concepto de uriburismo, el nacionalismo de este período aparece como una unidad más compacta que desde las visiones ofrecidas por Gerassi y Zuleta Alvarez. Es así como las divergencias entre Lugones y los neorrepublicanos y entre aquél y los católicos, o la especificidad de la Liga Patriótica, aparecen ahora en un segundo plano frente a los valores compartidos y las esperanzas que suscita la figura de Uriburu.

En este contexto, Buchrucker relativiza también, el viraje que concretara Rodolfo Irazusta desde LA NUEVA REPUBLICA y en el cual Zuleta Alvarez había reconocido los orígenes del nacionalismo republicano. Aunque pone en duda la plasmación de una línea republicana, su planteo no desarticula la propuesta de Zuleta Alvarez en la medida que no cuestiona su escasa base de sustentación. Buchrucker se limita a reconocer en Irazusta motivaciones diferentes a las que identifica Zuleta Alvarez para explicar su trayectoria: donde este último distingue un viraje ideológico, aquél sólo ve una conducta política pragmática.

Además, y en esto repitiendo la perspectiva escasamente enriquecedora de los trabajos anteriores, Buchrucker visualiza al nacionalismo de este período como un conjunto fuertemente diferenciado del resto de las fuerzas políticas. En la evaluación de la experiencia uriburista, vuelve a aparecer la imagen dicotómica en la que los partidos que sostenían la democracia fraudulenta se impusieron sobre la alternativa corporativista de los uriburistas. Se soslayan así las significativas relaciones entre estos últimos y algunas fuerzas políticas como el conservadorismo bonaerense, a través de las cuales se

intentó plasmar la conformación de un Partido Nacional que avalase las reformas institucionales proyectadas por Uriburu.

Después de haber presentado las notas distintivas del uriburismo, el autor se concentra en la caracterización del nacionalismo restaurador para lo cual privilegia el análisis y la evaluación de su cuerpo ideológico al que aborda desde tres ángulos. En primer lugar identifica las concepciones y propuestas que lo conforman. Esto a través del rastreo de las publicaciones en las que los propios nacionalistas las hicieron explícitas. En segundo lugar, destaca los puntos de contacto que reconoce entre este pensamiento y el de los representantes de la "Revolución conservadora": Charles Maurras, Hilaire Belloc, Oswald Spengler, Nicolai Berdiaeff y Ramiro de Maeztu. Al mismo tiempo que destaca la fuerte gravitación del fascismo, el franco-falangismo y el nazismo entre los nacionalistas, tanto en su calidad de modelos políticos a imitar como en virtud de los contactos que estos últimos establecieron con representantes de dichos regímenes. Por último, evalúa el grado de vinculación que se concretó entre las "respuestas" ofrecidas por el nacionalismo y las "tensiones básicas" que, según el autor, signaban a la sociedad argentina.

Al identificar los rasgos distintivos de la ideología nacionalista, el autor nos ofrece una versión más rica que la de los trabajos anteriores. A la exposición de los principios ya conocidos: antiliberalismo, antimarxismo, corporativismo, autoritarismo... le incorpora la reconstrucción de sus propuestas sociales y económicas. Desde el análisis de una serie de programas y publicaciones, Buchrucker reconstruye el proyecto social y proindustrialista del nacionalismo restaurador<sup>11</sup>. Sin embargo desaprovecha las posibilidades que le brinda su propio material.

Esto se hace evidente cuando se plantea la necesidad de precisar el grado de vinculación entre estas respuestas y las tensiones de la sociedad argentina. Un objetivo sumamente rico a fin de evaluar el significado del nacionalismo, pero al que ni siquiera se aproxima. Por un lado, porque al identificar las tensiones sociales incluye también aquellas que sólo los nacionalistas visualizaban como tales, a pesar de que no tuvieran gravitación en el seno de la sociedad. Este es el caso, como el propio Buchrucker reconoce, de la contradicción entre argentinos viejos e inmigrantes o la cuestión judía. Aquí, obviamente, resulta absurdo sostener que se está ubicando las respuestas de los nacionalistas en el marco de las tensiones sociales; sólo se está afirmando que éstos reconocieron conflictos donde no existían. Pero además cuando le resulta posible contrastar las propuestas del nacionalismo con los problemas a resolver, Buchrucker zanja rápidamente la cuestión a través de juicios descalificatorios de las mismas. De esta forma, las iniciativas nacionalistas sobre la cuestión social no merecen mayor consideración porque eran contradictorias y oportunistas (pp. 216-217), sus planteos a favor de la industrialización y contra la dependencia son subestimados porque permanecieron en un plano nebuloso y ambiguo (p. 220).

El nacionalismo restaurador se reduce entonces a un cuerpo doctrinario carente de propuestas ante los conflictos de la sociedad argentina -ya sea porque

---

<sup>11</sup> El programa de política social del nacionalismo restaurador que nos presenta Buchrucker refleja una significativa vinculación con los problemas en debate en dicho período: "1) La formación y fomento estatal de una sólida clase media de propietarios, especialmente en el campo. 2) El seguro social para los trabajadores, al menos en los oficios 'peligrosos', pero preferentemente en todas las ramas de la economía y en todas las situaciones de la vida. 3) Construcción de viviendas baratas para obreros. 4) Creación de una 'Magistratura del Trabajo', a fin de resolver pacíficamente los conflictos entre el capital y el trabajo. Esta exigencia generalmente venía conectada con la prohibición absoluta de lock outs y huelgas. 5) Contratos colectivos de trabajo. 6) El control estatal y/o 'corporativo' de la relación entre salarios y costo de la vida, a fin de asegurar el nivel de vida de la población" (p. 155).

imagina tensiones inexistentes o porque no logra plasmar respuestas efectivas frente a las que realmente existen- pero al mismo tiempo estrechamente vinculado con el pensamiento conservador europeo y las experiencias fascistas.

Sin embargo resulta significativo el profundo hiato entre los juicios con que descalifica las respuestas presentadas por los nacionalistas y el programa socio-económico de los mismos que nos presentó anteriormente. O bien antes, cuando reconstruyó el proyecto nacionalista, Buchrucker se dejó encandilar por lo que era un discurso fragmentario y por ende nos planteó una alternativa inexistente, o ahora, agobiado por tantas cuestiones abiertas, descarta rápidamente el análisis de dichas propuestas a fin de llegar a su objetivo preciso: el nacionalismo se "trató en lo fundamental, de un movimiento fascista" (p. 233).

Al término de esta fatigosa tarea que significa seguir a Buchrucker a través de una trama de casilleros, cada uno con su título correspondiente y en su interior un conjunto de citas que fundamentan el título elegido, uno se queda con una sensación de vacío. Tanto esfuerzo para darnos cuenta que ya hemos transitado ese camino. El autor nos ha hecho ir y volver por una ruta conocida sin abrir nuevas alternativas, sin tender puentes que posibiliten una mejor comprensión del nacionalismo desde su inserción en la sociedad argentina. De esta forma, su trabajo se presenta como contrapropuesta frente al de otros, al de aquellos que, de una u otra manera, han cuestionado la vinculación estrecha entre fascismo y nacionalismo. A partir de las mismas y reiteradas preguntas desde las que se ha venido analizando al nacionalismo, Buchrucker intenta entonces, remozar las más viejas respuestas, aunque éstas se presentan ahora parcialmente alteradas.

En este sentido, se ubica frente a Navarro Gerassi y Zuleta Alvarez en la medida que éstos presentaron una versión del nacionalismo con fuertes raigambres en aspectos específicos de la sociedad argentina, relativizando así sus rasgos fascistas. También frente a quienes, al ubicar los orígenes del nacionalismo a principios de siglo, encontraron en las tensiones internas más que en las influencias extranjeras, los factores que explican su gestación. Por último, frente a quienes relacionaron nacionalismo con peronismo, ya sea en su más antigua versión (Rómero) o en la más reciente (Zuleta Alvarez).

Frente a todas estas conclusiones se erige la investigación de Buchrucker. A través de su análisis, el nacionalismo restaurador vuelve a ser fascismo pero el peronismo no tiene ya ningún tipo de conexión con los mismos. El peronismo se vincula ahora con el nacionalismo populista, el de FORJA y desde allí con el yrigoyenismo. En este sentido, en la caracterización del nacionalismo restaurador en lo que hace a su núcleo más descarnado y en la tajante desvinculación de éste con el peronismo, la versión de Buchrucker revela destacadas coincidencias con la que planteara Ramos en REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN LA ARGENTINA.

El otro nacionalismo, el populista, no es analizado exhaustivamente por Buchrucker. A pesar de que comienza diciendo que "la historia de la corriente populista del nacionalismo es casi tan compleja como la del nacionalismo restaurador" (p. 258), sólo le dedica unas veinte páginas en comparación con las más de doscientas en las que se ocupa de los otros.

El autor utiliza a FORJA para deslindar al peronismo del nacionalismo en su versión restauradora. Es así como el capítulo que le dedica está estructurado para marcar las diferencias con aquellos. De este contraste emergen entonces, las distintas perspectivas de ambos nacionalismos: el nacionalismo restaurador tendiendo a refugiarse en el pasado del que espera una especie de "revancha" antiliberal y antidemocrática, y el populista, proyectándose hacia adelante sobre la ola del impulso de masas.

En este sentido, la historia y la significación política de FORJA quedan reducidas a la incorporación de la participación popular masiva en la política argentina por lo que es calificada como populista. El uso impreciso de

este adjetivo no permite delimitar sus alcances y, simultáneamente no proporciona un criterio según el cual se decide la pertenencia a este grupo. Los únicos incluidos explícitamente, además de unos desordenados precursores, son Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz con lo que simplifica bruscamente la historia de un grupo que nace ligado a una tradición política, la de la UCR, que teje contactos con los nacionalistas y que se incorpora al peronismo recién una década después de su constitución.

¿Por qué son llamados nacionalistas los dos, los restauradores y los populistas? Buchrucker menciona un punto en común: la crítica a la dependencia económica aunque aun en este caso reconoce motivaciones diferentes entre unos y otros. El autor sólo visualiza diferencias entre ambos nacionalismos y pierde de vista que la zona de contacto no es tan reducida. En cuanto a temas de intercambio entre ellos, se olvida de la neutralidad, de la revisión del pasado argentino, de la reivindicación de Yrigoyen que los forjistas compartieron con algunos nacionalistas restauradores con los que mantuvieron, por otra parte, relaciones personales, grupales y políticas. Estos contactos ya habían sido señalados por Navarro Gerassi, Zuleta Alvarez, Hernández Arregui y Miguel A. Scenna<sup>12</sup>.

En la ligera panorámica del forjismo que nos ofrece Buchrucker, sólo figura una lista de ideas nuevas que son las que Perón hábilmente habría adoptado, soslayando las relaciones problemáticas entre FORJA y Perón. Su tratamiento de este grupo no se diferencia mayormente de la perspectiva de los trabajos anteriores en los que FORJA es menos analizada por sus contenidos propios que por sus diferencias con los otros nacionalistas o por su anticipación del peronismo para seguir constituyendo una zona ambigua: puente, eslabón, etapa, o simplemente lista de ideas como en Buchrucker.

El bloque dedicado al peronismo está articulado en tres secciones: una caracterización de las fuerzas que confluyeron en la revolución de junio; el análisis de la "doctrina justicialista" en su dimensión genética y estructural y la contrastación entre ideología y realidad del peronismo.

Buchrucker logra armar una definición original del peronismo como una "síntesis novedosa" emergente del proceso iniciado con el golpe militar de 1943; la visualiza como "una amalgama de elementos nacional-populistas, sindicalistas y socialcristianos que constituyó... el núcleo de la doctrina elaborada por Perón" (p. 338). No obstante, no logra sostener una imagen sólida y convincente de esta definición a lo largo del centenar de páginas que le dedica, especialmente en el momento de analizar ideología y realidad.

En cuanto a las ideas, el autor no incluye influencias nacional-restauradoras en el peronismo, a tal punto que no lo va a considerar como una variable del nacionalismo, sino que sólo va a incluir la perspectiva del populismo forjista en esa síntesis. Se va a empeñar en mostrar que aun los temas más parecidos son diferentes<sup>13</sup> y que el peronismo logró absorber esas tres tendencias mencionadas que preexistían en la sociedad argentina de los 40.

En cuanto a las relaciones entre nacionalistas restauradores y peronistas, Buchrucker no innova demasiado respecto de la bibliografía anterior. Va a mostrar cómo ambos confluyeron en la primera etapa de la revolución de junio, predominando los primeros hasta la caída de Ramírez; éstos terminaron de

---

<sup>12</sup> Scenna, Miguel A., FORJA, UNA AVENTURA ARGENTINA, Buenos Aires, 1972.

<sup>13</sup> Una segregación tan rápida entre nacionalismo restaurador y peronismo, necesariamente genera una sospecha en asuntos tales como: la economía nacional dirigista, el iberoamericanismo, la intuición de ver un desarrollo favorable a los intereses del país en la lucha del Eje contra Inglaterra en la Segunda Guerra, la preocupación por un programa de justicia social, el sistema educativo de carácter religioso, la influencia del concepto de "organización" extraído de la concepción militar...

romper con el movimiento revolucionario cuando el gobierno declaró la guerra a los vencidos (otra prueba de su germanofilia, para el autor). Luego, durante el gobierno de Perón intentaron "infiltrarse" (p. 337) para lograr influencia ideológica sobre los cuadros peronistas y la sociedad general, ocupando solamente cargos universitarios y judiciales. Buchrucker se complace de que no hayan logrado penetrar en los sindicatos ni en el partido. Finalmente, y esto cierra la desvinculación definitiva, elaboraron uno de los tres programas que confluyeron en el golpe militar de 1955.

¿Cómo se produjo esta "síntesis novedosa" que fue el peronismo? Buchrucker nos habla de un proceso genético de ideas ordenado de acuerdo a ocho momentos o etapas expuestas cronológicamente pero que, además se yuxtaponen y se interpenetran sedimentando sólo los aspectos positivos. No hay distancia metodológica en la descripción de este proceso. Está reconstruido de la manera como uno podría hablar de sí mismo si se pusiera a pensar cómo llegó a pensar lo que piensa. De este modo, no aparecen discriminadas influencias y experiencias y poseen así la misma entidad la sensibilidad social adquirida por Perón en su juventud, como los viajes al exterior o la influencia de la doctrina social de la Iglesia y el nacionalismo. Todo esto dentro de una dinámica de tensiones que va a ir poniendo algunas ideas en primer plano (las nacional-populistas, socialcristianas y anarcosindicalistas) y empujando a otras para atrás (las elitistas y militaristas) [p. 318].

Es así como su definición de un peronismo desvinculado del nacionalismo no termina de concretarse por más que Buchrucker insista sobre la existencia de un peronismo mayoritario, auténticamente tercerista con un núcleo esencial democrático y social, "más allá de desviaciones e infiltraciones circunstanciales" (p. 397).

Por otra parte, tanto en la descripción del proceso genético como cuando hace el análisis de la dimensión estructural de la doctrina, Buchrucker da por supuesto, como telón de fondo, un clima social y político sumamente tensionado por una dinámica de conflicto que va causando y reforzando enfrentamientos que contribuyeron a la polarización creciente de la vida política. Constantemente el autor alude al "clima psicopolítico más bien revolucionario", a la "retórica propia de tiempos de guerra civil" (p. 324), al fanatismo de ambos bandos (p. 377), en fin, a la "dicotomía peronismo-antiperonismo que terminó por invadir las instituciones" (p. 382). Esta dinámica oficia de variable subterránea de la explicación nunca plenamente explicitada y resulta inconsistente para dar un marco más objetivo a los juicios del autor destinados a impugnar las alas extremas del movimiento peronista que, a su manera de ver, "trabajaron obstinadamente para deshacer la síntesis central y mayoritaria del peronismo y transformarlo en el sentido de sus aspiraciones sectarias" (p. 344). El autor bosqueja, así, una lógica de hierro exterior al peronismo que anula la expresión de su verdadera esencia.

Finalmente queda una cuestión: cómo clasifica al peronismo dentro de los sistemas políticos del siglo XX.

'Populismo autoritario' es la categoría que construye Buchrucker para clasificarlo. Este concepto reconoce explícitamente una cuestión central del sistema político inaugurado por Perón: la tensión entre una "legitimidad de origen", que subraya el peso electoral del movimiento peronista y una "ilegitimidad de ejercicio"; ésta queda planteada desde la práctica autoritaria que restringe las libertades cívicas y los derechos de la oposición.

El autor recoge un verdadero problema del sistema político argentino: la posible incompatibilidad de la participación popular masiva con la democracia política. No obstante, el término 'populismo' utilizado por Buchrucker como linealmente derivado de 'popular' para resaltar el potencial democrático del movimiento, no resulta para nada satisfactorio ya que lo despoja de su contenido crítico; a este respecto, existe toda una bibliografía que extiende el uso de este término más allá de sus aspectos meramente descriptivos y positivos.

Y llegamos al final del recorrido a través de un juego en el que resultaron trastocados sustantivos y adjetivos: 'nacionalismo restaurador', 'nacionalismo populista', 'populismo autoritario'.

La más precisa y acabada desvinculación entre nacionalismo restaurador y peronismo se concreta a partir de la comparación de ambos con el fascismo. El primero pasa a ser en lo fundamental fascismo, mientras que el segundo se revela como un movimiento específico sin conexión con aquél. Para realizar dicha comparación propone una definición del fascismo construida a partir de la caracterización efectuada por Nolte en la que se destaca su carácter antimarxista y antiliberal, al mismo tiempo que se reconoce una estrecha vinculación entre los diferentes movimientos fascistas europeos. Buchrucker no se limita a definirlo sintéticamente, en virtud de sus objetivos, ofrece una "descripción tipológica y genética" estructurada en torno a tres ejes centrales: a) origen y características de los movimientos fascistas, b) la toma del poder de los fascismos y c) estructura del régimen y práctica gubernativa.

A través de este modelo se limita a enumerar una serie de rasgos distintivos de los fascismos europeos, sin precisar un eje vertebrador que los jerarquice y a partir del cual puedan distinguirse los elementos esenciales de los circunstanciales. Este procedimiento le permite soslayar los aspectos que, aún hoy, se distinguen como claves en el debate sobre la naturaleza del fascismo: el hecho de que el mismo se constituía como un movimiento de masas, al mismo tiempo que captaba la confianza de las clases propietarias que lo visualizaron como el agente político capaz de superar la crisis que afectaba al sistema social en su conjunto.

Así como su vasta repercusión en el conjunto social fue un rasgo distintivo de los fascismos europeos que llegaron al gobierno, en el caso argentino en cambio, el nacionalismo sólo fue asumido por grupos minoritarios aislados de la sociedad. Estos además no contaron con la confianza de la clase dominante y desde esta situación de impotencia trataron de tomar el poder a través del golpe militar sin lograr erigirse como una alternativa política. En su reconocimiento de una estrecha correspondencia entre ambos movimientos, el autor no da cuenta de estas diferencias decisivas.

Buchrucker fundamenta su conclusión de que el nacionalismo es esencialmente fascismo en la identificación de una serie de rasgos comunes. Estas similitudes además se revelan escasamente consistentes. Sólo puede relacionar ambos movimientos respecto a sus orígenes y características (punto a) ya que los nacionalistas no tomaron el poder y no estructuraron un nuevo régimen desde el gobierno. En el aspecto comparado, la génesis del nacionalismo argentino sólo tiene en común con el fascismo, según Buchrucker, la presencia del peligro izquierdista y la crisis económica, ya que en este caso, no gravitaba una guerra perdida, mientras que la debilidad de las tradiciones y las instituciones democrático-liberales era menos acentuada. En cuanto al peligro izquierdista cabe destacar que Buchrucker ha asimilado el temor al bolchevismo que manifestaron los nacionalistas argentinos con el desafío que le plantearon a las clases dominantes, las luchas de la clase obrera en Alemania e Italia después de la guerra<sup>14</sup> volviendo a pasar por alto la diferencia profunda entre ambas situaciones. Respecto a la identificación de una crisis económica, tanto en el ámbito europeo como en el argentino, este argumento también se queda en el aspecto superficial. Los desajustes en el sistema

---

<sup>14</sup> Cabe destacar que el mismo Buchrucker, unas páginas antes (p. 217) cuando justificó el hecho de que los empresarios no adscribieran al nacionalismo, afirmó que no existía un peligro izquierdista de magnitud como para generar en las clases propietarias el temor suficiente. El peligro bolchevique que vincula entonces los orígenes del nacionalismo con los del fascismo se distingue fuertemente en un caso y otro; en la Argentina fue enfatizado por los propios nacionalistas, en Europa se derivaba de la agudeza del conflicto social.

económico se producen y afectan de manera específica a cada sociedad en virtud de su peculiar estructuración socio-económica y política. Más allá de la identificación de la crisis económica resulta necesario definir su impacto sobre los diferentes sujetos sociales a fin de precisar la naturaleza de las alternativas políticas que los mismos se plantean.

Desde esta base argumental, cuando el autor concluye que la ideología nacionalista "muestra todas las características fascistas" (p. 232) al lector no le queda otra alternativa que concebir a dicha ideología nacionalista como una serie de principios enunciados por los propios nacionalistas y comparable entonces con los fascistas sólo a nivel de lo expresado explícitamente. La ideología desvinculada del contexto socio-cultural y político se presenta así a la manera de un catálogo de conceptos sin que se haya tratado de captar su coherencia y contradicciones internas.

Si el análisis del nacionalismo se reduce a esta conclusión, el trabajo se revela francamente insatisfactorio a fin de avanzar en la comprensión del fenómeno nacionalista. En cuanto al peronismo, en cambio, y sin concretar una comparación exhaustiva el autor concluye que se distingue netamente del fascismo porque las "divergencias... son más numerosas y decisivas que las coincidencias con el modelo fascista" (p. 395).

Porcentajes aparte, para confirmar dicha desvinculación, se limita otra vez, como lo hizo cuando contrastó nacionalismo y fascismo, a enumerar comparativamente una serie de rasgos con la diferencia de que en este caso subestima los puntos de coincidencia mientras que antes les confirmó un peso decisivo<sup>15</sup>. Todo esto fue posible desde la utilización arbitraria de una definición de fascismo y, en consecuencia, si el nacionalismo es fascismo y el peronismo no, es simplemente porque Buchrucker así lo ha decidido.

#### Otro debate posible

Si el nacionalismo como concepción amplia, como propuesta ideológico-política más precisa y como conjunto de prácticas fue y es el resultado del pensamiento y de la acción de quienes lo asumieron como valor positivo e intentaron cargarlo de determinada significación, ya es también producto de las construcciones que nos presenta la producción historiográfica.

Como hemos visto a través de esta revisión, las historias sobre el nacionalismo, al mismo tiempo que intentaron reconstruirlo fueron recreando diferentes imágenes sobre el mismo las que, no obstante provenir de perspectivas diversas (nacionalistas declarados, definidos opositores, peronistas e investigadores extranjeros), se han movido dentro de los parámetros surgidos del debate político abierto a partir de la llamada revolución libertadora.

Al quedar inmersas en este debate, estas obras no pueden superar las contradicciones que se producen en la reconstrucción de las cadenas ideológicas y políticas a través de las que pretenden echar luz sobre dos tipos de vínculos: nacionalismo-fascismo y nacionalismo-peronismo. Desde esta perspectiva, las clasificaciones de la corriente nacionalista se han convertido en uno de los aspectos más intensamente debatidos en esta historiografía.

---

<sup>15</sup> El peronismo se desvincula del fascismo porque en la Argentina no hubo guerra ni amenaza bolchevique ni crisis económica; porque el peronismo estuvo apoyado en los sectores obreros y, en general, en los estratos bajos de la sociedad; porque no hubo militares iracundos o resentidos por una derrota ni existieron Auschwitzs ni Treblinkas. Las similitudes, por su parte, se reducen a la identificación de algunos paralelismos: existencia de un líder carismático y de un amplio aparato de propaganda dentro de una cierta pretensión de "totalidad", los que son inmediatamente relativizados por el autor.

La primera y aun decisiva escisión en dos grandes corrientes del nacionalismo argentino fue fundamentada a través de la dinámica del proceso político. Nos encontramos así, con los nacionalistas que en forma más o menos decidida, según los autores, participaron en el golpe que derrocó a Yrigoyen y, por otra parte, con aquellos que, provenientes del radicalismo, se escindieron de dicho partido para constituir una organización específica, FORJA. Esta línea divisoria, como vimos, fue sistematizada por los representantes de la izquierda nacional a través de la tajante contrastación entre un nacionalismo oligárquico y otro popular. Aun cuando esta división fundamental permanezca indiscutida, las sucesivas clasificaciones inspiradas en el afán por detectar influencias y reconocer vinculaciones más precisas a nivel ideológico y político han derivado en la discriminación de nuevas líneas internas.

Navarro Gerassi distingue en el nacionalismo oligárquico -de derecha, en su trabajo- a maurrasianos, católicos y filofascistas. Zuleta Alvarez deslinda un nacionalismo republicano y otro doctrinario también en el seno del nacionalismo oligárquico, Cárdenas y Payá reconocen un primer nacionalismo en la Argentina de Centenario al que luego Rock califica como tradicionalista. Barbero y Devoto subdividen ambos grupos: dentro del nacionalismo oligárquico -de élite, para los autores- encuentran al nacionalismo clásico o republicano (La Nueva República), al tradicionalismo católico (Criterio) y al filofascista (Legión Cívica y Legión de Mayo); dentro del nacionalismo popular distinguen dos líneas: una de matriz laico-democrática (el primer Rojas y Mosconi) y otra de base católico-popular (Gálvez). En Buchrucker, el nacionalismo oligárquico reaparece a través del uriburismo, primero, y del nacionalismo restaurador, después. McGee Deutsch, por último, critica estas clasificaciones en virtud de que las mismas soslayan los nexos que vinculan entre sí a las distintas expresiones del nacionalismo. En este sentido, ella también se interesa por clasificarlas pero lo hace a través de la comparación de las diversas versiones del nacionalismo argentino con las definiciones de fascismo y de los movimientos contrarrevolucionarios construidas a partir de las experiencias políticas europeas.

De un trabajo a otro se reacomodan las líneas divisorias, los nexos asumen una fuerte gravitación o bien las divergencias se hacen más rotundas y la historia del nacionalismo vuelve a reescribirse a través de cadenas que se arman y se desarman con eslabones especialmente iluminados -el nacionalismo fascista- y otros significativamente opacados -el nacionalismo popular.

Desde estas historias, entonces, nos encontramos con algunos nacionalistas, pero no con el nacionalismo y sólo parcialmente con los nacionalismos. Pero, a pesar de que estos trabajos no concretan una definición del nacionalismo, al final de nuestro recorrido resulta posible identificar el carácter defensivo que éste contiene. Queda claro frente a qué y a quiénes se ubicaron los nacionalistas: el liberalismo, el marxismo, la democracia, los partidos políticos, el régimen parlamentario, el conflicto social..., mientras se desdibujan los elementos y valores que los distinguieron en términos positivos: la exaltación de la nación y la revisión de la historia oficial son apenas esbozados.

A nuestro modo de ver, en el intento de combinar historia de las ideas e historia política desde el que se ha abordado al nacionalismo en estos trabajos, estamos todavía lejos de una precisa comprensión de la dinámica del campo intelectual y político.

Lo político de esta historia se reduce a la enunciación del telón de fondo en el que son ubicados figuras y hechos considerados como hitos claves a fin de recortar el perfil de los grupos nacionalistas. Estos aparecen como figuras en relieve apoyados por una escenografía que les sirve de sostén en virtud de que se soslayan las interrelaciones y la dinámica de un proceso político más rico y complejo que no puede agotarse en las descripciones de los golpes de estado que enmarcaron la llamada década infame. De esta forma no resulta posible visualizar la trama en que coexisten, se vinculan y se enfrentan los nacionalistas con otras fuerzas políticas.

Desde la historia de las ideas se ha enfatizado excesivamente el rastreo de influencias extranjeras y en especial los nexos con el fascismo europeo. No obstante, desde aquellos autores que han buscado relativizar la gravitación de los factores foráneos, algo se ha avanzado en el reconocimiento de las relaciones entre el proceso de conformación de ciertas ideas con el contexto sociopolítico en las que éstas se gestaron.

Sin embargo, el pensamiento nacionalista sigue siendo todavía aquello que se desprende de la enumeración de obras y autores de la que se extraen expresiones más o menos representativas sin plantearse una indagación que permita identificar los ámbitos propios en los que se compartieron concepciones y desde los que éstas se difundieron, como asimismo aquellos que operaron como zonas de confluencia donde se intercambiaron ideas incluso con otros intelectuales y políticos.

Desde esta revisión, se observa claramente que los trabajos considerados no han podido explicar satisfactoriamente la imposibilidad del nacionalismo de constituirse como alternativa política independiente dentro del sistema partidario vigente. En cambio, resulta posible identificar la honda repercusión del nacionalismo en el resquebrajamiento de la concepción liberal en torno a la cual se había concretado la organización nacional y, al mismo tiempo, la plasmación de una propuesta alternativa que reveló una exitosa gravitación, aunque éstos no hayan sido elementos suficientemente explotados en los trabajos considerados.

En la corrosiva crítica al paradigma de nación liberal y en la consiguiente re-invencción del pasado argentino que legitimara a la nación deseada, reconocemos dos elementos compartidos por todos los nacionalistas que han permitido al nacionalismo argentino mantener una notable vigencia a través de múltiples manifestaciones.

Así como desde la concepción liberal se había creído en la posibilidad de un desarrollo económico ininterrumpido y en que la consiguiente movilidad social constituía una base suficientemente sólida como para legitimar a la clase dirigente como tal, cuando ese mismo desarrollo reveló sus limitaciones y efectos contradictorios, cuando se multiplicaron las tensiones sociales y políticas, el concepto de nación se erigió como valor supremo frente a múltiples desafíos: el debilitamiento de la élite dirigente, la presencia del conflicto social y la manifiesta gravitación de la dependencia frente a las potencias anglosajonas.

Para plasmar este nuevo concepto de nación se revisó la historia oficial a fin de construir una nueva tradición en la que se fundara lo auténticamente nacional. Así, el revisionismo histórico se presenta como un instrumento político asociado a un proyecto de poder. El análisis del nacionalismo exige de aquí en más el reconocimiento de esta vinculación entre la revisión del pasado y la idea de nación que desarrollaron los nacionalistas en su afán por constituirse en alternativa política.

¿Cómo hacer para dejar de interrogar al nacionalismo desde las preocupaciones que se han instalado a lo largo de un proceso político posterior y en el que el peronismo aparece como un punto de ruptura decisivo?

Para avanzar en este sentido creemos necesario reubicar a los nacionalistas frente a los dilemas que les planteó su presente. Esto resulta especialmente significativo en el período de entreguerras cuando la sociedad argentina se vio sometida a profundas transformaciones derivadas tanto de los trastornos internos como de los desafíos que le planteaban los reordenamientos económico y político a nivel internacional. Una forma de repensarlos en la que la comparación con el fascismo sea sólo una de las dimensiones de análisis posible pero que no excluya aquella otra más significativa que permita contrastar las propuestas nacionalistas con las otras alternativas debatidas en el seno de la sociedad argentina.

BIBLIOGRAFIA:

- Barbero, María Inés y Fernando Devoto, LOS NACIONALISTAS, Buenos Aires, CEDAL, 1983.
- Buchrucker, Cristián, NACIONALISMO Y PERONISMO. LA ARGENTINA EN LA CRISIS IDEOLOGICA MUNDIAL (1927-1955), Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1987.
- Cárdenas, Eduardo y Carlos Payá, EL PRIMER NACIONALISMO ARGENTINO, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978.
- Hernández Arregui, Juan José, LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL, Buenos Aires, Plus Ultra, 1960.
- McGee Deutsch, Sandra, COUNTERREVOLUTION IN ARGENTINA, 1900-1932: THE ARGENTINE PATRIOTIC LEAGUE, Lincoln, Univ. of Nebraska Press, 1986.
- Navarro Gerassi, Marysa, LOS NACIONALISTAS, Buenos Aires, J. Alvarez, 1969.
- Ramos, Jorge Abelardo, REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN ARGENTINA, Buenos Aires, Amerindia, 1957.
- Rock, David, "Intellectual Precursors of Conservative Nationalism in Argentina, 1900-1927", HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW, 67, # 2, mayo de 1987.
- Romero, José Luis, LAS IDEAS POLITICAS EN ARGENTINA, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Romero, José Luis, EL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN LA SOCIEDAD ARGENTINA DEL SIGLO XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Spilimbergo, Jorge Enea, NACIONALISMO OLIGARQUICO Y NACIONALISMO REVOLUCIONARIO, Buenos Aires, Amerindia, 1958.
- Zuleta Alvarez, Enrique, EL NACIONALISMO ARGENTINO, Buenos Aires, Ed. La Bastilla, 1975.